

Cultura a la contra

Para nada

"Hay años que no está uno para nada", decía —creo— un antiguo humorista de derechas; los de izquierdas, claro, no tienen días así: están demasiado ocupados firmando pactos y consensos, y colaborando al esplín y a la neurosis de los escritores de derechas y otros señoritos, poniéndoselo fácil para que puedan dedicarse a sus cultos menesteres, como el de hacer gracia. Por eso, el humorismo —al cual otro insigne derechista, Ramón, dedicó un manifiesto entero— ha sido casi siempre de derechas, si no conservador (eso, por su misma naturaleza, nunca puede serlo el humor). Tenían tiempo, rentas y posibilidad de exhibir la mala leche con el correspondiente permiso gubernativo, con póliza de tres pesetas —¡ay!, aquellas pólizas y ventanillas de negociados, sobre las que (siguiendo los pasos de Larra, que no era de derechas ni mucho menos) ironizaban tanto— y seguridades personales.

Nosotros, que ni de derechas ni de izquierdas —somos más bien adoradores del Caos multiforme e insensato—, hace ya lustros, y aun centurias, que no estamos para nada. Pero de verdad, para nada; a no ser para el arrastre. Nos morimos de sobredosis de existencia, y los basureros nos encuentran tirados en el interior de esos grandes cilindros negros donde las porteras depositan por las noches los detritus de todo el vecindario. Ya ni nos miran; alguno comenta, por lo bajo, "Qué trompa tenía éste", mientras nos arroja a la trituradora, donde ni siquiera tenemos fuerza para gritar mientras nos arrancan de cuajo los miembros, y luego la cabeza. Nuestra muerte ni siquiera es un espectáculo; nos roban, incluso, el suicidio, la última dignidad del ser humano: tratan primero de convencernos para que sigamos vivos y produzcamos más. Y cuando al fin lo hacemos, dicen que fue un accidente o —cuando aparecemos ya colgados de una higuera y con nota explicativa al pie del cadáver— alegan que fue "en un momento de enajenación", lo que puede que hayamos hecho en el momento más lúcido de nuestra vida. Y si sobrevivimos, pueden incluso meternos en manicomios. Y es que, claro, estamos locos. Loco está cualquiera que no aprecie las bellezas del Metro, que no se embobe con la tele, que no vote a su líder, que no quiera encerrarse en el maco sin retorno del curre fijo, las letras y la pañeta servidora de sopa siempre demasiado caliente o demasiado fría. Locos, aquí y en Rusia, somos los disidentes; y hay que cebarnos de haloperidol, largactil y otras camisas de fuerza para que no demos mucho la lata al personal.

Bueno, pues que nos encierren: del encierro al entierro no hay más que un paso, una letra que cambiar (que no de cambio). Y si no lo hacemos, si no damos el pequeño salto hacia el vacío, podemos también recordar, con Baudelaire, que el suicidio es un pensamiento que ayuda a pasar más de una mala noche. Y recordar a Brian Jones —muerto en piscina—, a Jim Morrison —en bañera, esta vez, de sobredosis de alcohol—, a Janis Joplin, superchutada y borracha; a Syd Vicious, harto de ser el malo del cuento, y a otros muchos suicidas y lobotomizados del show-business, del gran teatro del mundo.

Y si no, hacer lo que yo. Escribir memeces a lo largo del día, dirigidas a un público de suicidas potenciales, a ver si les doy el empujoncito final. O si —con algo de suerte— les corto la cuerda, ese rollo de la muerte, y les explico —como me tengo que explicar a mí por las mañanas— que bueno, que se trata nada más de seguir haciendo cosas para nada. ■ EDUARDO HARO IBARS.

ningún momento suenan a pergeñados en laboratorio. Hay en ellos dureza, sarcasmo, desgana, odio y lo que tenga que haber, pero sin pacato sometimiento a los peores retoricismos del género "negro". Como muestra, éste entre la vejestoria influyente y el extra ansioso por el estrellato:

"Me senté a su lado en el diván".

"Algún día actuaré en una es-



cena como ésta —pensé—, en mil escenas como ésta..."

—¿De qué hablamos? —inquirió ella.

—De cualquier cosa, de lo que usted quiera.

—Hablemos de ti. No me olvidarás cuando seas un actor famoso, ¿verdad?

—Claro que no.

Por supuesto que en la novela, McCoy deja ver a las claras su opinión sobre cómo sube la espuma de un Hitler cada vez más agresivo, sobre la catadura de los magnates hollywoodenses, sobre la poca salida de una sociedad como la estadounidense, plagada de desempleo y violencia. Ninguno de esos elementos de-

nunciadores ha envejecido, pero ello se debe a la capacidad narrativa del autor.

Sólo hay un suicido en "Luces de Hollywood". Ni asesinatos, ni violencias palpables, ni detectives, ni tramas gangsteriles. Y, sin embargo, es de las novelas más "negras" que pueden leerse. Sobre todo, constituye toda una lección para los novelistas españoles, que en un clima de libertades formales no parecen haber encontrado aún el modo de mostrar convincentemente lo que aquí pasa, eso que todo el mundo sabe y que nadie acierta a decir. Mientras aquí los cantamañanas nos invaden las páginas culturales con sus polémicas de tres al cuarto, o bien abominan de un "realismo" que nunca existió porque estaba prohibido llamar pan al pan, leer algo escrito hace más de cuarenta años por un tal McCoy es todo un respiro, una demostración de que, cuando se quiere hablar de lo que nos pasa a todos, se puede. ■ MIGUEL BAYON.

CINE

"Ernesto"

Salvatore Samperi (el director de "Malizia") sigue empeñado en contarnos las experiencias sexuales de los adolescentes en un pretendido tono crítico que incluya la inevitable sátira sobre la sociedad represora. Mientras que en "Malizia" estaba bien lejos de conseguir ese objetivo para sustituirlo por el de una vul-

"Ernesto", de Salvatore Samperi.

